

ZINEMALDIA'93

ZABALTEGI • SECCION OFICIAL

Retrato intuitivo de sureña

«Ruby in Paradise», de Víctor Núñez, es un filme sensual y melancólico

FRANCISCO MORENO

Películas que gozarán de inmediata distribución comercial en España siguen alternándose en Zabaltegi con otras cuyo pase por esta sección constituye la única ocasión de poder visionarlas en el estado.

Títulos galardonados en otros festivales se turnan con los que compiten por el importante premio en metálico que concede Euskal Media.

Y el público sigue formando largas colas para ver unos y otros sin distinción.

Ruby in paradise ganó el Gran Premio del Festival de Cine Independiente de Sundance, y se verá pronto en las pantallas españolas. Es un minucioso e intuitivo retrato femenino llevado a cabo sobre la figura de una joven sureña que abandona su hogar para buscar su lugar en el mundo y para buscarse a sí misma.

Tópico y típico planteamiento, en efecto, pero que afortunadamente es aquí superado y enriquecido por una serie de atractivos elementos que el cineasta Víctor Núñez acierta a conjugar con asombrosa madurez, sobre todo, si se tiene en cuenta de que se trata de su tercera obra: un personaje perfectamente diseñado en el guión, una actriz, Ashley Judd, que en el futuro se va a zampar a muchas estrellas del momento; y un ambiente, el de una población turística de Florida durante los meses invernales, que la cámara convierte en

no-búlgaro-colombiana.

Comedia negra la llaman sus autores, quizá porque los personajes (distorsionados, como salidos de las páginas de *El Pápus* o revistas similares) compiten en mezquindad, grosería y sordidez.

Y es que con lo «negro» sucede que si se te va la mano se te puede quedar en «marrón». Y en esta película a todos se les ha ido la mano.

A los guionistas, que tenían una buena historia, si la hubieran aligerado en bastantes minutos (sobre todo hacia el final); y al director, Felipe Aljure, que se empeña obstinadamente en un feísmo a ultranza y en hacer que cada solución de puesta de escena parezca un exabrupto, sin percatarse aparentemente de que las secuencias en las que la película funciona son las más aliviadas de su infatigable cólico visual.

No se puede negar que la película tiene buenos hallazgos y golpes recurrentes (todas las escenas con Aitzea Goenaga y Juana Mendiola son hilarantes); y si se entendieran bien los diálogos y los ruidos ambientales de cada escena no sonaran por encima de las voces de los intérpretes, sería probablemente aún más graciosa.

Ni *As an eilean* (*Desde la isla*), producción británica dirigida por Mike Alexander, ni *28.000 deseos*, cinta alemana de Dirk Schäfer, se verán con toda seguridad en nuestros cines comerciales.

La primera, hablada en idioma gaélico, es un apreciable y sincero estudio de personajes (habitantes de una isla escocesa), filmado con hondura y fotografiado por una cámara que saca gran partido a la naturaleza del lugar.

Posee cierto encanto, pero no acierta a recrear el lirismo (aunque sus personajes aludan constantemente a la poesía) pretendido.

La segunda, es una muestra de minimalismo puro y duro, a cargo de un cineasta que, por lo visto (hace un par de ediciones pudimos ver en Zabaltegi su anterior obra *Wilma wohnt weit weg*), está empeñado en contar historias de jóvenes solitarias, desarraigadas y mortalmente aburridas.

El problema que afecta a sus criaturas es comprendido por el espectador a los veinte minutos de la película, pero el director le añade una hora suplementaria al tema.

Schäfer, que indudablemente sabe rodar y saca partido a sus actrices, debe de ser, sin embargo, de esos para quienes oír hablar del cine como fábrica de sueños o lugar donde olvidar las penurias de la vida cotidiana, debe sonarle a blasfemia.



Una escena de «Just friends», del belga Marc-Henri Wajnberg, proyectada ayer en la Sección Oficial.

Jorobado polaco

Buen jazz en la simpática «Just friends»

CARLOS BOYERO

LUEVE y llueve, sin prisas y sin pausas. Clima ideal para la melancolía, para compartir las sábanas con gente adecuada, para los soñadores que no han perdido la capacidad de quedarse colgados durante horas observando el mar, y para los cinéfilos que pueden permitirse el lujo de ignorar la Sección Oficial y dedicarse a ver cine, en blanco y negro, con aroma a paraíso perdido.

En la sección «Los mejores cien años de nuestra vida» regalan felicidad a todos aquellos que se lo merecen, a los que se les han pasado las ganas de descubrir nuevas emociones. Deleitarse en la gran pantalla y en versión original con joyas como *Las tres noches de Eva*, *Laura*, *Encadenados*, *La mujer pantera*, *El crepúsculo de los dioses*, *La jungla de asfalto*, *El hombre tranquilo*, *Alas*, *King Kong*, *La reina Cristina de Suecia*, y *La viuda alegre* es un placer reservado a los privilegiados, a los que no tienen que perder su humor, su paciencia y su inapreciable tiempo bostezando con la mayoría de las películas a concurso y rellenando a continuación una tediosa página, contándonos desgastadas memes sobre bodrios que ustedes tendrán la suerte de no ver nunca, bodrios que exhiben con orgullo los programadores de los festivales pero que a ningún distribuidor sensato (incluidos los que se tiran el rollo internacionalista, los convencidos de que en las cinematografías exóticas abundan las rosas más fascinantes) se le ocurriría comprar.

A estas alturas del festival ya se han proyectado las tres películas españolas que compiten en la Sección Oficial. Ni siquiera nos queda ya el morbo de constatar

En la previsible «Just friends» al menos se oye el piano de Monk y la música de Ben Webster y Charlie Parker

el estado de inspiración artística en el que se encuentra el cine español de «autor» y el admirativo o perverso cotilleo sobre el éxito o el fracaso del colega, vecino o conocido. La expectación la protagoniza Pedro Almodóvar, un ídolo mundial que para demostrar el apego que siente por sus raíces nos va (o les va) a conceder el honor de ver en riguroso estreno mundial un par de secuencias de *Kika* y la exhibición pública de *Folle... Folle... Fólleme... Tim*, el primer largometraje que realizó en super 8, su *Ciudadano Kane* particular, realizado en aquella época mágica en la que todo dios le amaba, a punto de inventarse esa «movida» que nos ofreció tantas e intemporales obras de arte, cuando todavía no se había convertido en el rey de la «modernidad» internacional y de los *Cahiers du cinéma* y no tenía que pagar a los envidiosos y a los resentidos de sus compatriotas el injusto tributo que origina el excesivo triunfo profesional. No sé, no sé, a lo peor mi frivolidad decide perderse este magno acontecimiento cultural y me voy a cenar a Arzak.

También ha venido el autista y excelente actor John Malkovich, «aussi» de la raza de los modernos. ¿Qué podemos llevarnos a la retina y al paladar los antiguos? Bueno, nos queda un tipo legendariamente antiguo llamado Robert Mitchum, pero el muy ladino no prodiga su amada y deseada presencia.

¿Y la Sección Oficial?

Pues como siempre: provocando nuestra bilis y deprimiendo a nuestro espíritu. La polaca *Diario de un jorobado* (qué alivio escuchar aplausos en la sala al finalizar esta cosa o la infacta *Dollar mambo* y constatar con gozo aristocrático que nada te une al compañero de butaca) abarca la infancia, adolescencia, juventud y madurez de un jorobado incapaz de rebelarse contra la asfixiante voluntad de sus traumatizados padres.

«He tratado de hacer una reflexión histórica sobre los cincuenta últimos años de mi país a través de un personaje contradictorio que representará...» supongo que argumentará el palizas de su creador. Me hubiera conformado con que me mostraran la muerte del personaje y ahorraran las trágicas circunstancias de su vida. Evidentemente, esa película ideal no duraría más de cinco soportables minutos.

En la visible y previsible película belga *Just friends* al menos oímos en varias secuencias el piano de Monk, la música de Ben Webster y de Charlie Parker y la voz de Billie Holiday. Además, Archie Shepp ha prestado el sonido de su excéntrico e intenso instrumento al que supuestamente toca el infeliz protagonista, un descargador del puerto de Amberes que, entre borrachera y borrachera, entre descarga y descarga, entre eyaculación precoz y eyaculación precoz, entre soplo y soplo de su saxofón, entre pico y pico de caballo que se mete un amiguete, sueña con vivir y triunfar musicalmente en Nueva York.

Firmaba en blanco porque la Sección Oficial tuviera una media de calidad como la de la simpática y olvidable *Just friends*.



atmósfera para integrarlo dramáticamente en la narración.

Como las dudas íntimas de la protagonista no son desgarradoramente existenciales sino moderadamente circunstanciales, el resultado de todo ello es una película delicada, sensual y melancólica, que te va envolviendo progresivamente en su espacio, atento a su equilibrado y sutil discurso acerca de los paraísos perdidos y hallados, interiores y externos.

Sutileza es precisamente la palabra que pronunciada durante el rodaje de *La gente de la Universal*, hubiese causado el efecto de un crucifijo en un congreso de vampiros.

Todo resulta obvio, elemental y voluntariamente zafio en esta insólita coproducción hispa-